

## SOCIOLINGÜÍSTICA DEL TRATAMIENTO POLÍTICO: A PROPOSITO DE ORWELL

Por FELIX RODRIGUEZ GONZALEZ

La estrecha relación entre los factores lingüísticos y sociales es uno de los pilares, casi un tópico por lo repetido, en que descansa la investigación sociolingüística, no sólo en lo que atañe a la descripción del estado actual de la lengua, con sus variaciones y regularidades, sino también como principio metodológico a tener en cuenta a la hora de explicar la compleja dinámica que opera en el cambio lingüístico. Si bien es cierto que la sociolingüística no adquirió cierta entidad como disciplina hasta hace tan sólo dos décadas —el primer congreso de la especialidad tuvo lugar en 1964—, desde fechas mucho más tempranas encontramos ya una conciencia clara sobre las relaciones lengua-sociedad, a veces con referencias tan explícitas como las que aparecen en la obra de Antoine Meillet a principios de siglo. También con anterioridad el escritor y novelista inglés George Orwell, cuya novela *1984* no hace mucho que hemos conmemorado en tal fatídica fecha, adelantándose a su tiempo, podríamos decir, exhibió una notoria y fina sensibilidad hacia el lenguaje entendido como «hecho social», y ello ha quedado plasmado una y otra vez en su larga producción de ensayo y novela. En el presente trabajo voy a intentar precisamente dejar constancia de algunos aspectos sociolingüísticos que afloran en su obra, sobre todo novelística, al tiempo que haré algunas consideraciones a la luz del entorno social y lingüístico de nuestra época.

1. Como pocos autores literarios, George Orwell muestra un gran interés por el lenguaje en toda la complejidad que deriva de la interacción social, y este interés queda pronto reflejado en sus primeras novelas. Ahora bien, en las afirmaciones que en ellas vierte no pretendamos ver formulaciones exactas sobre principios teóricos de la *non-nata* sociolingüística; más bien se trata de comentarios esporádicos y superficiales, como parte de una extensa

crónica general de un reportero que historia y radiografía la sociedad con la que se cruza, bien sea la india (en *Burmese Days*), la inglesa (en *A Clergyman's Daughter*) o la catalana (en *Homage to Catalonia*). Sólo más tarde estas experiencias lingüísticas acabarán dando lugar a las reflexiones más amplias y maduras que nos ha legado en sus ensayos (*Collected Essays*), y en forma de novela en *Nineteen Eighty Four*.

Su interés por la vertiente social del lenguaje y los problemas sociales en general —V. S. Pritchett (cit. por Molina, 1967:154) no cree que haya otro escritor actual tan interesado en la vida social— se comprende a poco que repasemos su biografía. Por su extracción familiar Orwell perteneció a la clase media alta y baja —*lower upper middle class*—, como él mismo se definía. Por un lado, recibe educación de elite en Eton y por otro vive como bohemio temporalmente en París. Se gana la vida como profesor, librero, tendero, reportero, comentarista de radio antes que escritor. Toda esta dilatada vida profesional y existencial le coloca, pues, en una situación de privilegio a la hora de apreciar las sutiles o marcadas diferencias de *status* social; su izquierdismo visceral, sincero, le hace aún más sensible a tales diferencias de clase, a las que él bien quisiera nivelar.

Entre los rasgos específicos de una clase social destaca como llamativo, por su carácter externo, el lenguaje. A su vez, uno de los rasgos que más resaltan en el decurso del lenguaje es el acento, entendido en su sentido menos técnico como variedad local o regional de una lengua que se diferencia de la estándar especialmente en pronunciación. Esto es tanto más cierto en un país como Inglaterra donde suele decirse que cada 100 kilómetros se puede observar un acento diferente. Tal hecho no escapa a la atención de Orwell, que observa además, ocasionalmente, el acento irlandés (en *A Clergyman's Daughter*) o el escocés (en *Burmese Days*) (cfr. Bolton, 1984:90 ss.).

Pero más que variedades regionales lo que más le atrae la atención, lógicamente, dado su interés por la sociología y su filosofía igualitaria, son las variedades según la clase social, en especial las formas estigmatizadas de la sociedad. Su inclinación natural del lado del débil, el oprimido, explica las referencias que hace al *cockney*, como variedad específica de la clase trabajadora, cuyos ecos le llegan hasta el mismo frente de guerra en España («Behind me a Cockney voice...is singing», *Homage*, pág. 104).

Entre las formas desprestigiadas destaca por su frecuencia y simbolismo la omisión de la «h» inicial —reflejada tipográficamente mediante apóstrofo—, que pone en boca de la gente campesina, del Norte, o bien de la clase obrera londinense.

Su interés por todo lo subestándar, anticonvencional, marginal, le lleva a interesarse por las variantes léxicas del *slang*, siempre fáciles de observar y

describir (e. g., *scran, toby, tab, tommy*), que esparce por sus novelas como fruto de sus experiencias (cfr. Bolton, 1984-86 ss.), o bien las recoge como fuente de estudio (e. g., *jape, bizney, frabjous*), como sucede al analizar la jerga de los periódicos de niños.

No faltan referencias a variables sociolingüísticas de carácter lexico, no tan fáciles de detectar y evaluar, como las que tienen por referente la comida (*lunch/dinner*) y la cena (*dinner/supper*). La correlación social que hoy día guardan estas variantes (clase media y alta/baja) (1) en nada difiere de las propias intuiciones de Orwell en *A Clergyman's Daughter* (cfr. Bolton, 1984: 100):

«'Luncheon, Dorothy, luncheon' said the Rector with a touch of irritation. 'I do wish you would drop that abominable lower-class habit of calling the midday meal *dinner!*'» (pág. 34).

«Meanwhile, she had to settle about the meat for today's dinner-luncheon. (Dorothy was careful to obey her father and call it *luncheon*, when she remembered it. On the other hand, you could not in honesty call the evening meal anything but 'supper'; so there was no such meal as 'dinner' at the Rectory)» (pág. 37).

2. El significado social de una variante en ocasiones puede ir acompañado de connotaciones políticas e ideológicas. Un ejemplo palmario en español lo tenemos en las parejas *señor/don* y *tú/usted*, a las que Orwell hace continua alusión en *Homage to Catalonia*. El interés de estas variables es tanto mayor cuanto que de ellas da cumplida cuenta en su doble perspectiva sincrónica y diacrónica, i. e. en su condición de cambio lingüístico. Cuando se produce un cambio del sistema político, en especial si es de carácter revolucionario, en seguida se advierten repercusiones lingüísticas, no en la estructura del idioma, como defendió radicalmente el lingüista soviético N. J. Marr, pero sí en el léxico e incluso, en alguna ocasión, en el mismo sistema fonológico; a este respecto cabría recordar los cambios que tuvieron lugar en francés en el sistema vocálico (*oi [ue]* pasó a pronunciarse *[ua]*) y consonántico (aparición de la articulación velar de la «r»), en su origen asimilados a las clases inferiores o zonas rurales pero integrados definitivamente en la lengua estándar tras la Revolución francesa (cfr. Reighard, 1985).

(1) Cfr. McARTHUR (1980:217). Un breve examen del origen y evolución de la correlación sociológica de *lunch/dinner* puede verse en MARCWARDT (1980: 126). El carácter de marcador social de ambos términos es análogo al observado en las parejas *almuerzo/comida*, en español, y *dejeuner/dinner*, en francés, si bien se advierten diferencias de matiz merecedoras de un detenido estudio.

El carácter súbito de estas mutaciones, tan entroncadas con una sociedad en cambio repentino, las hace fácilmente observables, a diferencia del proceso gradual, casi imperceptible, que caracteriza en general al cambio lingüístico. En estas circunstancias, el primer cambio que opera tiene lugar casi siempre en las fórmulas de tratamiento, por afectar de manera directa a las relaciones entre individuos pertenecientes a clases sociales diferentes de las cuales una de ellas, la baja o trabajadora, aspira a elevar su condición y prestigio, y, en el polo opuesto, la alta ve disminuir el suyo propio. En el caso español, que aquí nos ocupa, no se produjo una revolución de carácter antiburgués, pero en el ánimo de la izquierda republicana combatiente en Cataluña latía ese espíritu. Por eso, nada más desencadenarse las hostilidades los signos de subversión del orden establecido aparecen en las calles barcelonesas, tal y como Orwell nos lo retrata, a poco de empezar la obra, con esa minuciosidad y fidelidad del reportero:

«Every shop and café had an inscription saying that it had been collectivized; even the bootlacks and their boxes painted red and black (...) In outward appearance it was a town in which the wealthy classes had practically ceased to exist. Except for a small number of women and foreigners there were no 'well-dressed' people at all. Practically everyone wore rough working-class clothes, or blue overalls, or some variant of the militia uniform. All this was queer and moving (...) Also I believed that things were as they appeared, that this was really a workers' State and that the entire bourgeoisie had either fled, been killed, or voluntarily come over to the workers' side; I did not realize that great numbers of 'well-to-do' bourgeois were simply lying low and disguising themselves as proletarians for the time being» (págs. 8-9).

Pero lo más importante para nuestro propósito es la descripción del ropaje lingüístico de esas mismas gentes:

«Waiters and shop-walkers looked you in the face and treated you as an equal. Servile and even ceremonial forms of speech had temporarily disappeared. Nobody said 'Señor' or 'Don' or even 'Usted'; everyone called everyone else 'Comrade' and 'Thou', and said 'Salud!' instead of 'Buenos días'» (págs. 8-9).

Idéntica realidad nos dibuja en el frente de Aragón:

«I had left Barcelona in early January and I did not go on leave till late April; and all this time —indeed, till later— in the strip of

Aragon controlled by Anarchist and P.O.U.M. troops, the same conditions persisted, at least outwardly. The revolutionary atmosphere remained as I had first known it. General and private, peasant and militiaman, still met as equals; everyone drew the same pay, wore the same clothes, ate the same food, and called everyone else 'thou' and 'comrade'; there was no boss-class, no menial-class, no beggars, no prostitutes, no boot-licking, no cap-touching. I was breathing the air of equality, and I was simple enough to imagine that it existed all over Spain» (pág. 66).

Aunque pronto, en el espacio de unos meses, con la derrota en el campo de batalla se vuelve a la situación anterior, que Orwell describe con pesar y con el mismo flujo de detalles:

«When I first reached Barcelona I had thought it a town where class distinctions and great differences of wealth hardly existed. Certainly that was what it looked like. 'Smart' clothes were an abnormality, nobody cringed or took tips, waiters and flower-women and bootlacks looked you in the eye and called you 'comrade'. I had not grasped that this was mainly a mixture of hope and camouflage. (...) Previously in Barcelona I had been struck by the absence of beggars; now there were quantities of them. Outside the delicatessen shops at the top of the Ramblas gangs of barefooted children were always waiting to swarm round anyone who came out and clamour for scraps of food. The 'revolutionary' forms of speech were dropping out of use. Strangers seldom addressed you as *tú* and *camarada* nowadays; it was usually *señor* and *usted*. *Buenos días* was beginning to replace *salud*» (págs. 110 y 111).

Los cambios efectuados en ese breve intervalo de tiempo fueron, por tanto, inducidos por una filosofía igualitaria en la que los términos *señor*, *don* y *usted*, concebidos como signos de distinción y rango (es decir, de «poder»), quedaban fuera de lugar. El contexto marcado por el *status* y un estilo formal en las formas de tratamiento desapareció al debilitarse la noción de rango, tanto en el ejército como en las relaciones amocriado. En su lugar privaba la solidaridad y familiaridad, neutralizándose las diferencias anteriores basadas en la edad y la posición social. Tales voces rebasaban así el valor sociológico para erigirse en signos portadores de una identidad político-social (2).

---

(2) La promoción deliberada de una variante lingüística puede afectar a veces a una lengua entera. Este es el caso de las comunidades bilingües en las que una de las

Parecidas repercusiones ha tenido en Cuba la implantación del régimen comunista de Fidel Castro: términos tradicionales como *señor*, *señora* y *señorita* desaparecen al tildarse de burgueses, empleándose en su lugar *compañero*, *compañera* y *compañerita*, más acordes con las nuevas condiciones sociales y políticas (cfr. Zamora y Guitart, 1980: 160).

El mismo cariz tomaron los acontecimientos producidos en China con la radicalización impuesta por la Revolución Cultural (1966-1976); los títulos oficiales y profesionales se hicieron obsoletos, reflejando los cambios ocurridos en la nueva organización administrativa. Durante este espacio de tiempo en que todo el mundo deseaba ser asociado con la clase trabajadora el término *tóngzhì* «camarada» vio ampliado su uso notablemente. Sin embargo, después, con la derrota de la «Banda de los Cuatro» en 1976, abolidos los comités revolucionarios, los puestos oficiales y profesionales fueron de nuevo reconocidos y sus títulos volvieron a su uso anterior (cfr. Scotton y Wanjin, 1983: 480).

Semejantes circunstancias llevaron al «tuteo» —*tu* vs. *vous*— en la Revolución francesa y en la china de 1949 —*ni* vs. *nin* (Fang y Heng, 1983: 502)—, aunque no podemos decir que este comportamiento sea universal. Lo es, si se quiere, en cuanto a la generalización (casi absoluta) de una forma pronominal en el trato, mas no en cuanto al tipo de forma elegida. Al menos esto es lo que se colige al observar el caso de los revolucionarios rusos quienes, a diferencia de los franceses, chinos o españoles, decretaron el «ustedeo» —*vy* vs. *ty*— implicando que deseaban respeto más que solidaridad (3). Esta es la versión de Ervin-Tripp (1976:233). La duda queda, sin embargo, con nosotros, ya que según Adler (1978:279), en los primeros días de la revolución todo el mundo se decía *ty*. Los soldados decían *ty* a sus oficiales, que no llevaban signos distintivos en sus uniformes, y esta misma variante era la utilizada por los miembros del partido comunista. La forma cortés *vy* quedó de este modo casi extinguida y sobrevivió entre los restos de la antigua clase media. También se impuso el tratamiento de *tovarish* (camarada), sobre el que volveremos más tarde.

La diferenciación que establece el español entre una forma familiar y otra cortés (*tú/usted*) es también análoga a la que existía en inglés donde se han conservado las formas *thou/you* hasta 1600 (cfr. Leith, 1984:67). Su neutra-

---

lenguas, la autóctona —como el vasco o el catalán— trata de recuperar su identidad lingüística y, con la lengua, la identidad política.

(3) El mismo sentido podría tener, en mi opinión, saliéndose del tratamiento estrictamente pronominal y salvando diferencias de tiempo e ideología, la extensión del término *esposa* (y *señora*) en detrimento de *mujer* en amplias capas de la sociedad hispanoamericana (cfr. RODRÍGUEZ y ROCHET, 1980).

lización en Cataluña en el corto período revolucionario que Orwell nos relata, recuerda la pretendida generalización de *thou* a cargo de los cuáqueros, llevados de parecidos sentimientos igualitarios en el siglo XVIII. Pero, ironía curiosa, con el tiempo el afán democratizante de este grupo no forjó la desaparición de *you*, sino que esta es la única forma que ha prevalecido en la lengua estándar, quedando *thou* relegado casi únicamente a un contexto litúrgico. En *Animal Farm*, en una sola ocasión aparecen los pronombres familiares *thou*, *thee*, *thy*, que son utilizados por boca de Minimus dentro de un poema dedicado a Napoleón, lo cual no deja de resultar irónico dado el comportamiento tiránico de este personaje, contrastando así con la nota de intimidad que su uso imprime a las relaciones con el Todopoderoso en el culto cristiano. Claro que si se toma en cuenta el referente que está detrás de la novela —la dictadura rusa de Stalin— la adecuación no podría ser mayor, ya que *ty* era la forma usual para dirigirse, además de a Dios, al señor feudal y al zar, y este trato simbolizaba la intimidad de la absoluta sumisión en el sistema patriarcal (cfr. Adler, 1978:228).

Anteriormente me he referido abundantemente a las vicisitudes sufridas por los títulos de tratamiento —sustitución y posterior restablecimiento —en *Homage to Catalonia*. Pues bien, este mismo vaivén lingüístico, símbolo de otro orden ideológico y cuya suerte se decide en los campos de batalla, tiene su continuación en el mundo imaginario pero no menos convulsivo y dramático de *Animal Farm*. En dicha obra todos son *amigos* («Whatever goes upon four legs, or two wings is a friend», pág. 11), *hermanos* («we are all brothers», pág. 12) e *iguales* («all animals are equal», pág. 12); nada más propio, pues, para el tratamiento que el apelativo *camarada* («comrade»), forma única repetida sin cesar como símbolo de la solidaridad y hermandad proletaria. Con una lógica implacable los animales alteran cualquier nombre que recuerde el viejo orden basado en postulados de desigualdad. El tratamiento de *Master* que algunos animales dan a Mr. Jones en señal de lealtad (pág. 16) se torna inaceptable en el nuevo universo social y lingüístico de *Animal Farm* («No creature called any other creature 'Master'. All animals were equal», página 112). Igualmente la denominación *Animal Farm* reemplaza a la de *Manor Farm*, inapropiada por sus reminiscencias feudales. Pero al final de la novela el nuevo rumbo ideológico que Napoleón ha ido fijando a la revolución de los animales tiene su plasmación en el plano lingüístico, con una nueva nomenclatura que evoca el orden jerárquico primitivo que ahora se reivindica, símbolo de la revolución traicionada. Como no podía ser menos, el primer término en verse afectado es *comrade* («Hitherto thne animals on the farm had had a rather foolish custom of addressing one another as 'comrade'. This was to be suppressed», pág. 119); en su lugar Napoleón emplea *Gentlemen*

(caballeros), que durante mucho tiempo fue el término más importante como definidor de clase (Leith, 1984:66, n. 23). *Animal Farm*, asimismo, vuelve a la denominación anterior, *Manor Farm* («Henceforward the farm was to be known as the 'Manor Farm' —which, he believed, was its correct and original name», pág. 119).

En 1984, al contrario que en las obras anteriores, no hay cambio alguno en el sistema político y social, el único cambio ya se ha producido cuando entramos en la novela. En Oceanía se ha creado un Estado totalitario que se rige por los principios inmutables del *Ingsoc* (English Socialism), o *Socing* (4), según una versión castellanizada. El único cambio previsto por el sistema está orientado a conseguir una absoluta uniformidad ideológica. En consonancia con esta filosofía igualitaria también aquí se dispensa el tratamiento de *comrade* por igual a todos sus habitantes, desde el principio hasta el fin, rechazando todo vocablo que sugiera cualquier tipo de distinción («'Mrs' was a word discountenanced by the Party —you were supposed to call everyone 'comrade'», pág. 22). Esta uniformidad expresiva es deshumanizadora por cuanto es desdeñosa de la diferenciación más insignificante, ni siquiera se da entrada al concepto «amigo» («Perhaps 'friend' was not exactly the right word. You did not have friends nowadays, you had comrades», pág. 46). De ahí que la única vía que queda para ser humano, para ser libre, es ser diferente, conservando la propia individualidad e idiosincrasia, algo opuesto a la condición de «camarada», que recibe así una fuerte carga simbólica, como bien ilustran estas palabras de Julia: «In this room I am going to be a woman, not a Party comrade» (pág. 127).

Si en la novela nos cruzamos con tratamientos como *Sir* (señor) y la actitud de respeto o sumisión que su uso lleva aparejado, sólo es en recuerdo del pasado, como reminiscencias de los tiempos anteriores a la Revolución que atraen poderosamente la atención de Winston, quien lee y anota en su diario:

«When an ordinary person spoke to a capitalist he had to cringe and bow to him, and take off his cap and address him as 'Sir'. The chief of all capitalist was called the King and —» (pág. 67),

o bien, para cerciorarse mejor, por desconfianza ante la historia escrita, pregunta a un «prole» de avanzada edad:

«The House of Lords if you like. What I am asking is, were these people able to treat you as inferior, simply because they were

---

(4) MICHAEL A. SNYDER: *La pura verdad* (revista *The Plain Truth* en versión española), enero de 1984, pág. 23.

rich and you were poor? Is it a fact, for instance, that you had to call them 'Sir' and take your cap when you passed them?» (página 82).

3. Las tres obras que he venido comentando, *Homage to Catalonia* (1938), *Animal Farm* (1945) y *Nineteen Eighty-Four* (1949), constituyen tres jalones, una especie de trilogía donde se va fraguando el pensamiento político de Orwell. En el fondo de las tres bulle la dialéctica socialismo-fascismo, libertad-opresión totalitaria. Tanto el socialismo revolucionario y utópico presente en *Homage to Catalonia* y *Animal Farm* como el más opresivo y totalitario de 1984 tienen de común el igualitarismo, supuesto o real, que impregna su filosofía y praxis política. Dicha ideología se plasma en el lenguaje, en su componente léxico, y de una manera especial en las fórmulas de tratamiento, por las razones antes apuntadas. Los términos de tratamiento se nutren de la fraseología de los partidos de la izquierda comunista —si bien el término empleado es siempre «socialismo», nombre como se conoce oficialmente el comunismo— lo cual se dice incluso explícitamente en 1984 («... Ingsoc, which grew out of the earlier Socialist movement and inherited its phraseology...», pág. 178). Entre dichos términos destaca *comrade*, omnipresente en las tres obras, por ser el más característico para designar el concepto de «correligionario», ya sea dentro del estilo narrativo o como simple vocativo. Derivado del latín *camera* (habitación), en su origen designaba al que compartía el mismo lecho, tienda, etc. («compinche»), especialmente el compañero de armas (5), y de ahí las asociaciones con los valores de solidaridad y lealtad. En razón de estas asociaciones el término ha sido muy apreciado por los comunistas, pero, por otro lado, la fuerte connotación militar que impregna su etimología evoca la férrea disciplina de tales partidos, lo que es fuente potencial de las asociaciones negativas sentidas por los adversarios políticos.

Una rápida ojeada bastará para comprobar el arraigo del término entre los más diversos partidos y países de ideología comunista: esp., port., it. *camarada*, fr. *camarade*; la misma equivalencia se encuentra en el ruso *tovarish*, polaco *towarzysz* (f. *towarzyska*), checo *soudruh* (f. *soudruzka*), húngaro *elvtárs*, servio *drug* (f. *drugarica*), chino *tóngzhì*, etíope *gwad*, entre otros. Todos ellos connotan valores de solidaridad e igualdad y, por otra parte, suscitan fuertes rechazos y adhesiones a tenor de la ideología o color político del individuo receptor. Tales reacciones se producen esencialmente en virtud del

---

(5) Cfr. *The Shorter Oxford Dictionary on Historical Principles*, 3.<sup>a</sup> ed., Oxford University Press, reimpresso 1980 (c. 1973), s. v. «comrade».

marcado carácter simbólico de estas voces, cualquiera que sea la naturaleza de la connotación. Así se explica lo estigmatizado de un término como *tongmu* (amigo) entre los surcoreanos no comunistas, ya que ésta es la forma empleada desde 1945, fecha de la partición de Corea, para referirse al «camarada comunista» del Norte y del Sur, siempre deseoso de estrechar los lazos de amistad entre los dos pueblos (cfr. Scotton y Wanjin, 1983:492, n. 5).

Las asociaciones de *camarada* en nuestro país son doblemente negativas —para los no partidarios— ya que dicho término ha sido también símbolo técnico del afiliado a las huestes de la Falange desde la pasada guerra civil; curiosamente el falangismo se apropió en su fraseología de muchos de los símbolos de sus antípodas políticos, los comunistas: *camarada*, *revolución*, *nacionalsocialismo*. El llamado socialismo democrático (por oposición al «socialismo real» o «socialismo científico» de los países comunistas), y por extensión la socialdemocracia, tradicionalmente ha empleado la voz *compañero*, también alusiva a vínculos de solidaridad entre los militantes o simpatizantes del partido. Pero, al contrario de lo que ocurre con los socialistas, que desdeñan la voz *camarada*, el término *compañero* es bien recibido entre los comunistas del PCE que también lo utilizan, especialmente en la frase «camaradas y compañeros» con la que a veces abren sus discursos (6). Más aún: en Cataluña, según Francesc Vallverdú, *company* es el término más extendido entre los militantes comunistas catalanohablantes (cfr. Rodríguez González, 1982:366, n. 20). Asimismo, en Cuba *compañero* es una voz que, al lado de *camarada*, se utiliza frecuentemente para referirse a los afiliados y simpatizantes del partido comunista. De su frecuencia habla muy bien el discurso pronunciado por un alto dirigente del partido, Blas Roca, según se recoge en el órgano oficial del Comité Central del PCC *Granma* (24-XII-78, pág. 6) donde dicha voz se registra siete veces.

Los comunistas alemanes, por su parte, utilizan *Genosse* (compañero), y no *Kamerad*, una voz de larga tradición —ya registrada en el movimiento obrero a finales del siglo XIX—, pero que cayó en desuso durante la II Guerra Mundial por su notorias reminiscencias hitlerianas (cfr. Bartholmes, 1970; 1974:136). El término *Genosse* también lo vienen utilizando los socialdemócratas del SPD desde finales del siglo pasado aunque, en la atmósfera anti-comunista que se respira en la RFA, suscita rechazos debido a sus asociaciones con los comunistas de la RDA, y esto tal vez explique el empleo ocasional de términos alternativos como *Kumpel* (compañero). El uso es muy

---

(6) Una breve referencia a la correlación política de los términos *camarada* y *compañero*, y otros pertenecientes al mismo campo semántico, en los años treinta puede verse en REBOLLO TORÍO (1978:77-78) y GARCÍA SANTOS (1980:96-97).

frecuente, sin embargo, entre los socialdemócratas de edad, que continúan aferrados a *Genosse* como hicieran en su día durante la persecución nacionalsocialista, y también en la izquierda estudiantil radical (cfr. Bartholmes, 1968:196). Curiosamente los nazis, que rechazaban la palabra, desde la toma del poder de Hitler se sirvieron del compuesto *Parteigenosse* (compañero de partido) también para identificarse entre sí, y por esa razón desde entonces ha sido eliminado del discurso de los socialdemócratas y de los comunistas de las dos Alemanias (cfr. Bartholmes, 1966:152).

En inglés la voz *fellow* (compañero, socio), o la más extensa de *fellow-supporter*, carece de todo valor simbólico-partidista, sólo existente en la frase *fellow-traveller* (compañero de viaje), calificativo con que la derecha suele tildar a los filocomunistas y a los aliados circunstanciales de los comunistas (7).

Relacionada semánticamente con *camarada* y *compañero*, aunque sin el mismo carácter simbólico y con un referente más general, está la voz *hermano*. Procedente de un uso religioso que data de muy antiguo (8), el término se extendió en la Francia revolucionaria (*frères*) y más adelante aparece con frecuencia en el movimiento obrero de la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en cartas y llamamientos a gentes de otras naciones, como signo expresivo del internacionalismo proletario (todavía hoy en congresos sindicales británicos e internacionales es común tratarse con la expresión *brothers [and sisters]*, cfr. Bartholmes, 1969:13 ss.). Con estos antecedentes se entiende que después deviniera un epíteto característico también de la fraselogía comunista, donde es frecuente la alusión a las relaciones «fraternales» entre los pueblos o entre los miembros del partido. En el número de *Granma* antes citado pueden leerse, por ejemplo, expresiones tales como «la hermana República de Iraq, «un fraternal y caluroso recibimiento», «nuestros hermanos de Irak», «las palabras fraternales y camaraderiles de Fidel».

---

(7) La misma situación se presenta en castellano, al menos esto es lo que se ha venido observando hasta hace poco tiempo, pero tengo para mí que en el nuevo clima político, asentada la democracia, su uso ha disminuido notablemente a la vez que se ha extendido su significado, como muestra la siguiente cita, extraída de un periódico de derecha liberal y en la que dicha expresión se aplica a un partido de derecha: «Afianzar el PDP, marcar las líneas de una oposición diferenciada en relación con los otros dos compañeros de viaje que forman la Coalición Popular (AP y UL)...» (*Diario 16*, 2 de abril de 1984, pág. 7).

(8) En la Biblia la voz *hermano* se emplea para toda clase de parentesco y a veces entre personas sin parentesco alguno; así se llama «hermanos» a los componentes de la misma tribu o familia y aun a los del mismo pueblo e igualmente se emplea el término entre amigos, aliados y prójimo en general. Cfr. *Gran Enciclopedia Rialp*, tomo XI, Madrid, 1972, s. v. «Hermanos de Jesús», pág. 705.

Se explica así que un título honorífico de Fidel Castro sea *Hermano del pueblo* (cfr. Bartholmes, 1969: 16) (9).

Como dije anteriormente, en *Animal Farm*, escenario del comunismo staliniano, todos los animales son hermanos, aserción que queda sin efecto desde el momento en que el líder Napoleón/Stalin impone su tiránico poder. En 1984 la voz no se documenta, si bien el concepto queda claramente implicado en las constantes referencias a la *Brotherhood* o Hermandad, que corresponde a la Oposición ideada por Winston. Pero, para desgracia de éste, aquélla no tiene lugar fuera de su mente ilusoria; sólo existe el *Big Brother* o Hermano Mayor, denominación que ha pasado a formar parte del lenguaje corriente con el significado de tirano. La expresión es doblemente irónica si se tiene en cuenta que *hermano mayor* es el título que se da en algunas cofradías o asociaciones pías al presidente (10).

Si en 1984 es *Big Brother* quien ocupa el vértice de la pirámide del Estado totalitario, en *Animal Farm* este rango lo detenta Comrade Napoleón, al que Squealer honra con el distintivo de *Leader* («... of late he had taken to speaking of Napoleon under the title of 'Leader'», pág. 59) y con Squealer el resto de los camaradas («Napoleon was now never spoken of simply as 'Napoleon'. He was always referred to in formal style as 'Our Leader, Comrade Napoleon'...», pág. 79). En 1984 Winston, recordaremos, aludía al «chief of all the capitalists» (pág. 67). Ambos términos, *Leader* (líder, dirigente) y *chief* (jefe) subrayan una vez más la propiedad con que Orwell maneja las diferentes fraseologías políticas.

Conviene recordar, a este respecto, que en español, igualmente, *líder* es un tratamiento que tradicionalmente se ha aplicado a los dirigentes de partidos de izquierda, tanto por los izquierdistas como por los derechistas; por contra, *jefe* —y en un plano similar *caudillo*— ha sido un título preferido por los seguidores de la derecha (cfr. Rebollo Torío, 1978:78-79). En alemán, etimológicamente el homólogo de *líder* sería la conocida voz *Führer* (el que conduce, dirige o guía), que desde el siglo XIX se vino aplicando a los dirigentes de todos los partidos sin distinción, pero a partir de 1933 dejó de emplearse (no así el sustantivo *Führung*) debido a su asociación con Hitler, como ocurriera con *Duce* en italiano. Si hoy se usa es sólo satíricamente para caracterizar el comportamiento totalitario de los adversarios políticos (cfr. Bartholmes, 1967:278).

(9) En los países árabes de inspiración socialista como Libia es el *hermano* (*al 'ajj*), y no el camarada o el compañero, el término que se antepone a los nombres de sus dirigentes u otros miembros del partido (e. g., *el hermano Gaddafi*).

(10) Cfr. *Diccionario de la Lengua Española*, tomo 2, Real Academia Española, 20.ª ed., 1984, s. v. *hermano*.

4. Toda esta variedad de voces empleadas por Orwell componen un cuadro de la lengua «estático», como corresponde a un producto de ficción literaria. Cada personaje en la novela utiliza un mismo término, sin variación, a no ser que ésta se produzca por efecto de un cambio ideológico que lleve a decretar o anular el uso de un determinado término, a modo de regulación o planificación lingüística; ya vimos cómo Napoleón al final se dirige a los animales con el tratamiento nobiliario de *gentlemen* en detrimento de *comrades*. En la realidad, sin embargo, la lengua es más bien «dinámica», una variante léxica puede dejar sitio a otra en función del «contexto» donde se inscriben las relaciones emisor-receptor, que pueden sufrir modificaciones («dinámico-contextual» es la expresión acuñada para adjetivar la sociolingüística que se ocupa de tal lengua). Así, por poner un ejemplo actual, el presidente de Gobierno Felipe González, otrora líder del partido en la oposición, en los multitudinarios mítines que acompañaron a sus campañas electorales abría sus discursos con el vocativo *ciudadanos* («Ciudadanas, ciudadanos»), de reminiscencias azañistas y republicanas pero carente de connotaciones partidistas, en su deseo de adaptarse a una audiencia más amplia y desideologizada; *compañero*, por su parte, seguía siendo apto para las reuniones de partido entre cuyos miembros conserva un sabor entrañable.

La misma alternancia se registra en las más homogéneas sociedades de los países comunistas. En Cuba, por ejemplo, pese a que las voces *señor-a* han dado paso a *compañero-a* por efecto de la revolución, como se recordará, estos términos no se emplean con los desafectos al régimen (ex prisioneros políticos, personas que no ocultan sus creencias religiosas o sus deseos de emigrar, etc.) para los que se reserva *ciudadano*, vocablo en cierto modo neutro significativamente y que adquiere así connotaciones negativas. En ruso existe también el trato de «ciudadano» (*grazdanin*, f. *grazdanka*) para los no pertenecientes al partido, que son los más, por lo que el término carece de tales connotaciones.

De manera que en los casos ruso y cubano, lo mismo que en el español, la variación lingüística está determinada por la etiqueta o posición ideológica del interlocutor o receptor. Verdad es que puede pensarse en una afinidad y comunión ideológica entre los diversos participantes en el acto de comunicación, como la que se da entre los miembros de un mismo partido, pero ni siquiera en este caso está garantizada la uniformidad lingüística ya que pueden intervenir también otros factores como el contexto o situación. Así, en la menos ideologizada Unión Soviética, al contrario que en Cuba, si hemos de creer el relato de K. S. Karol, las gentes ricas de hoy, que para nada disimulan sus signos exteriores de riqueza (automóviles, dachas y vestidos occidentales), aunque miembros del *establishment* muestran una neta preferencia

por los apelativos *señor* o *señora* en lugar de *camarada*, de resonancia demasiado proletaria. En su trabajo, en sus funciones oficiales, siguen siendo, evidentemente, *tovarishi*, pero una vez que están en sus clubes, en los buenos restaurantes o en los teatros, ya no hay más que señores y señoras (*gaspodin* y *gospoza*). De manera semejante, la variante formal *vy* ha ido creciendo en su uso entre la clase trabajadora y, al igual que en otros países europeos, mantiene una clara correlación con la edad y la posición social del interlocutor, con independencia de su adscripción política. E incluso en Cuba, donde se hubiera pensado que la revolución acabara con el *usted*, se cuidan en mantenerlo. A este respecto merecen destacarse las frecuentes notas publicadas en el diario de La Habana *Juventud rebelde* exhortando a los jóvenes a hablar de usted a superiores y desconocidos. El hecho debe destacarse también en otro sentido, si se compara el avance general del tuteo entre los jóvenes, de por sí más inclinados que sus mayores hacia los términos formales y ceremoniosos. Ahora, por extremo que pueda parecer el caso cubano, no lo es tanto en el contexto hispanoamericano, mucho más proclive al *usted* y otras formas corteses que el nuestro (11).

La variabilidad adquiere una mayor dimensión al considerar el registro escrito de la lengua. Si en la Cuba de la época posrevolucionaria todo el mundo se trataba de *compañero*, en los telegramas, cartas o giros se ponía *señor*, *señorita*, etc., siguiendo la costumbre fijada a través de los años, como reconoce y lamenta una joven cubana en una carta publicada en la revista *Trabajo* en 1962 (12).

La variación de formas de tratamiento se puede esperar también dentro del mismo texto escrito. Como ha demostrado Kempf (1985) en un estudio realizado recientemente a partir de las cartas publicadas en el *Neues Deutschland*, órgano oficial del Partido de la Unidad Socialista de la República Democrática Alemana, el título de *Genosse* (compañero) precediendo al nombre de una persona, al igual que el pronombre *du* (tú), se destina con frecuencia a los miembros del partido, mientras que para los demás se prefieren *Herr/Frau* (señor-a) y *Sie* (usted).

##### 5. Conclusiones y reflexiones finales.

Los términos de tratamiento que he venido comentando, estructural o sintácticamente puede dividirse en dos subtipos: uno de naturaleza prono-

---

(11) Cfr. TAMARÓN: «El habla nacional: El 'usted' amoroso», en *ABC*, 30 de noviembre de 1985 (Sábado cultural, XVI).

(12) M. L. SUÁREZ: «¿Por qué no, compañera?», en *Trabajo*, núm. 17 (octubre de 1962).

minal (*tú/usted*) y otro nominal (*señor, ciudadano.../compañero, camarada...*). En ambos la distribución diádica corresponde a dos niveles de estilo marcadamente distintos (formal e informal), conocidos en la literatura de los tratamientos por las iniciales T/V (del latín *tu/vos*). La elección de este doble código lingüístico se hace en respuesta a una doble dimensión semántica de «poder» y «solidaridad» (Brown and Gilman, 1960), determinada principalmente por la clase social y por la ideología política.

En la vida real la impronta de la ideología política en los tratamientos pronominales aparece muy difuminada. Gramaticalizados en su uso, su elección atiende sobre todo a las normas sociales que rigen en la comunidad entera y simbolizan la relación o distancia social entre hablante e interlocutor, quedando ésta determinada casi siempre por consideraciones de edad y posición o *status* social.

La connotación ideológica y política es mucho mayor en los tratamientos de tipo nominal, en sí mismos portadores de un significado más connotativo. Esto se pone de especial manifiesto en términos como *compañero, camarada, hermano*, todos ellos denotadores del valor de «solidaridad» convertido en lema y fundamento de todas las ideologías de izquierda. En el lenguaje político por encima del contenido lógico, conceptual o «designativo» de este tipo de voces, aparentemente neutras e inofensivas, está el componente valorativo o «apresivo» (en la terminología de Morris), que les confiere un alto valor simbólico. Son «símbolos condensados» (Sapir, cit. por Edelman, 1964:6-9, y Elder y Cobb, 1983:33) o «agregados» (Klaus, 1971), cuyo empleo concita fuertes emociones políticas, afectivas o de rechazo según la ideología del interlocutor o receptor.

Teniendo presente el alto valor simbólico y emotivo de las formas de tratamiento político, uno podría esperar que su uso estuviera informado por reglas «prescriptivas» (o «regulativas») más que «descriptivas» (o «constitutivas») y que asumieran un carácter invariante o «categórico». Esto es lo que ocurre, y se comprende, en las obras de Orwell analizadas, dado que el trato social, tanto en sus formas nominales como pronominales, aparece profundamente ideologizado a tenor de las convulsiones que sacuden a las sociedades ficticias o reales que en ellas se describen. En la realidad, sin embargo, la lengua discurre por otros caminos. Es verdad que, a grandes rasgos, el fervor revolucionario que acompaña los primeros pasos de un régimen de izquierdas imprime unas relaciones sociales basadas en unos objetivos comunes y una «solidaridad» de valores y actitudes, y carentes de controles formales. Considerados en sí mismos estos rasgos son definitorios de las relaciones sociales que predominan en los «grupos primarios» como los pares y los amigos, caracterizadas por una interacción «personal».

Con el tiempo, sin embargo, consolidado el régimen y los cimientos del Estado, la nación y el partido actúan conforme a los que son, a saber, unos grupos sociales «secundarios» en los que se establecen unas relaciones sociales bien diferentes, tipificadas por una diferenciación de objetivos, encuentros de corta duración e inhibiciones producidas por controles formales (cfr. Bell, 1976:103 ss.); en suma, unas relaciones análogas a las que se establecen en otros grupos o instituciones de muy distinto signo político y que expresan «poder» más que solidaridad.

Aun en las sociedades más homogéneas de los regímenes comunistas en las que las clases sociales son abolidas oficialmente, la diferenciación persiste a través de la jerarquización del aparato del Estado. En ese contexto es difícil pensar en una absoluta «solidaridad», lo que quiere decir que no cabe encontrar una reciprocidad absoluta en el uso de T precisamente donde más se podría esperar: entre los partisanos. Los términos *compañero* o *camarada* pueden mantenerse como títulos oficiales, símbolos de una supuesta solidaridad, pero, como se habrá observado, el cambio de situación o «dominio», aparte de otras muchas variables pensables como la edad, el tópico del discurso, etc., introduce un muy distinto cuadro de usos lingüísticos más o menos estereotipados y predictibles. Bien entendido que la predictibilidad siempre será relativa, habida cuenta de la relevancia de parámetros de orden psicológico tales como la intención comunicativa, que ponen en entredicho la invocación exclusiva de modelos deterministas y funcionalistas en la sociolingüística de los tratamientos (cfr. Kendal, 1981:246 ss.).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ADLER, Max K.: *Naming and addressing. A sociolinguistic study*, Buske Hamburgo, 1978.
- BARTHOLMES, Herbert (1966): «Das Wort 'Parteigenosse' im Sprachgebrauch der Arbeiterbewegung», *Muttersprache*, 76, 148-153.
- (1967): «Der Gebrauch des Wortes 'Führer' und seiner Zusammensetzungen in der deutschen Arbeiterbewegung», *Muttersprache*, 77, 262-279.
- (1968): «Das Wort 'Genosse' samt seiner Zusammensetzungen im Sprachgebrauch der deutschen Arbeiterbewegung», *Muttersprache*, 78, 193-222.
- (1969): «Bruder als Anrede und Personenbezeichnung in der deutschen Arbeiterbewegung», *Muttersprache*, 79, 11-19.
- (1970): *Bruder, Bürger, Freund, Genosse und andere Wörter der sozialistischen Terminologie*, Druck W. Griendet Wuppertal, Goetheborg.
- (1974): «'Kamera' und 'Kumpel' in Sprachgebrauch der Arbeiterbewegung», *Muttersprache*, 84, 135-144.
- BELL, Roger T. (1983): *Sociolinguistics: Goals, Approaches and Problems*, 2.<sup>a</sup> reimpre-  
sión, Batsford (c. 1976), Londres.
- BOLTON, W. F. (1984): *The Language of 1984*, Blackwell, Oxford.

- BROWN, R. W., y GILMAN, A. (1960): «The pronouns of power and solidarity», en SEBEOK, T. (ed.): *Style in Language*, MIT Press.
- EDELMAN, M. (1977): *Political Language*, Academic Press, Nueva York.
- ELDER, C. D. y COBB, R. W. (1983): *The Political Uses of Symbols*, Longman, Londres.
- FANG, H., y HENG, J. H. (1983): «Social changes and changing address norms in China», *Language in Society*, 12, 495-507.
- GARCÍA SANTOS, J. F. (1980): «Léxico y política de la Segunda República», *Studia Philologica Salmanticensia*, núm. 2, Universidad de Salamanca.
- KEMPF, Renate (1985): «Pronouns and terms of address in 'Neues Deutschland'», *Language in Society*, 14, 223-237.
- KENDAL, Martha B. (1981): «Toward a semantic approach to terms of address: A critique of deterministic models in sociolinguistics», *Language and Communication*, 1-2/3, 237-254.
- KLAUS, Georg (1971): *Sprache der Politik*, VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlín (trad. española de R. BEIN: *El lenguaje de los políticos*, Anagrama, Barcelona, 1979).
- KOCHER, M. (1967): «Second person pronouns in Serbo-Croatian», *Language*, 43, 3, 725-741.
- LEITH, Dick (1984): «Tudor English: Sociolinguistic Stratification and Linguistic Changes», *Anglo-American Studies*, 4, 1, 59-72.
- MARCKWARDT, Albert H. (1980): *American English*, 2.ª ed., University Press (c. 1958), Oxford.
- MCARTHUR, Tom (1981): *Longman Lexicon of Contemporary English*, 2.ª impresión, Longman.
- MOLINA QUIRÓS, J. (1967): *La novela utópica inglesa (Tomás Moro, Swift, Huxley, Orwell)*, Prensa Española, Madrid.
- REBOLLO TORFO, Miguel A. (1978): *Lenguaje y política: Introducción al vocabulario político republicano y franquista, 1931-1971*, Fernando Torres, Valencia.
- REIGHARD, John (1985): «Historical Sociolinguistics», *Minnesota Papers in Linguistics and Philosophy of Language*, 10, 120-133.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, F. (1982): «Variaciones fonotácticas en siglas: condicionamientos lingüísticos y sociolingüísticos», *Revista Española de Lingüística*, 12, 2, 357-374.
- y ROCHET, B. (1980): «'Mujer', 'esposa' y 'señora' en el español contemporáneo: un estudio sociolingüístico», comunicación presentada al X Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, publicado en extracto en *Revista Española de Lingüística*, 12, 1 (1981), 214-225.
- SCOTTON, C. M., y WANJIN, Z.: «'Tóngzhì' in China: Language change in its conversational consequences», *Language in Society*, 12, 477-494.
- ZAMORA MUNNÉ, Juan C., y GUITART, J. M. (1982): *Dialectología hispanoamericana*, Almar, Salamanca.

FUENTES PRIMARIAS

- Homage to Catalonia*, Penguin, reimpresso en 1969 (c. 1938).
- Animal Farm*, Penguin, reimpresso en 1971 (c. 1945).
- Nineteen eighty-four*, Penguin, reimpresso en 1984 (c. 1949).